

Esta es una pequeña muestra del libro
La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La inquebrantable resolución *de*

Jonathan Edwards

Un gran legado de héroes de la fe

Editor de la serie, Steven J. Lawson

La heroica valentía de Martín Lutero
por Steven J. Lawson

El genio expositivo de Juan Calvino
por Steven J. Lawson

La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards
por Steven J. Lawson

El fervor evangelístico de George Whitefield
por Steven J. Lawson

El enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon
por Steven J. Lawson

La poderosa debilidad de John Knox
por Douglas Bond

La devoción trinitaria de John Owen
por Sinclair B. Ferguson

La osada misión de William Tyndale
por Steven J. Lawson

La teología afectuosa de Richard Sibbes
por Mark Dever



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE

La inquebrantable resolución *de*

Jonathan Edwards

STEVEN J. LAWSON



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ResoluciónDeEdwards

La inquebrantable resolución de Jonthan Edwards

por Steven J. Lawson

© 2022 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *The Unwavering Resolve of Jonathan Edwards*

© Steven J. Lawson 2008 y publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la
Nueva Biblia de las Américas (NBLA) ©2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de
este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de
la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por
cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 978-1-955182-51-5

Impreso en Colombia

SDG

221

Este libro está dedicado a los dos ancianos principales con los que sirvo en Christ Fellowship Baptist Church en Mobile, Alabama:

Tom Gibson

y

Danny Chance

Estos hombres fieles han estado a mi lado desde que Dios plantó por primera vez la iglesia a la que ahora tenemos el privilegio de servir y supervisar. Al igual que Jonathan Edwards, están marcados por una determinación inquebrantable en su búsqueda de la santidad personal y en su pastoreo del rebaño de Dios. El cielo revelará un día su firme determinación por hacer la obra de Dios a la manera de Dios para la gloria de Dios. Hasta entonces, que conozcas su diligente ministerio.

*Por tanto, mis amados hermanos, estén firmes, constantes,
abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo
en el Señor no es en vano.*

(1 CORINTIOS 15:58)

Contenido

<i>Prefacio</i> , La búsqueda de la santidad	xv
<i>Capítulo 1</i> , La vida y el legado de Edwards	1
¿Por qué Jonathan Edwards?, 3	
La formación de un puritano (1703-1726), 4	
Años tempranos en Northampton (1727-1739), 8	
El despertar se reaviva (1740-1749), 10	
La dolorosa separación (1750), 13	
Misionero pionero (1751-1757), 15	
La presidencia de Princeton (1758), 16	
Edwards estaba resuelto, 17	
<i>Capítulo 2</i> , Una brújula espiritual para el alma	19
Contexto histórico, 21	
Precedencia cultural, 22	
Propósito espiritual, 24	
Raíces teológicas, 26	
Categorías principales, 28	
Escritos complementarios, 32	
La búsqueda apasionada de la piedad, 34	
<i>Capítulo 3</i> , El prerrequisito de la fe	35
Inhabilidad personal, 37	
Habilitación divina, 39	
Sumisión humilde, 41	

- Motivación pura, 43
- Evaluación regular, 45
- El llamado al compromiso, 46

Capítulo 4, La prioridad de la gloria de Dios 49

- La mayor ambición, 50
- Búsqueda incesante, 54
- Estrategia integral, 55
- Esfuerzo intencional, 57
- Omisiones deliberadas, 58
- ¿Cómo vivirás?, 59

Capítulo 5, La mortificación del pecado 61

- Arrepentimiento genuino, 63
- Tristeza piadosa, 64
- Investigación del corazón, 67
- Lucha firme, 68
- Confesión total, 70
- La búsqueda de la santidad personal, 72

Capítulo 6, El precipicio de la eternidad 73

- Tiempo limitado, 74
- La hora final, 76
- Acción inmediata, 78
- La última trompeta, 79
- El mundo futuro, 80
- Vivir sin remordimientos, 81

<i>Capítulo 7, La pasión de la disciplina</i>	83
Devoción de corazón, 84	
Régimen físico, 86	
Disciplinas espirituales, 89	
Fervor constante, 94	
Una búsqueda disciplinada de la santidad, 96	
<i>Capítulo 8, La práctica del amor</i>	97
Acciones amorosas, 99	
Actitud paciente, 100	
Palabras de gracia, 103	
Espíritu pacificador, 105	
Corazón compasivo, 107	
Resuelto a amar, 109	
<i>Capítulo 9, La postura de la autoevaluación</i>	111
Conversión examinada, 112	
Pecado expuesto, 115	
Vida examinada, 117	
Deberes probados, 119	
Sentimientos monitoreados, 120	
La búsqueda de santidad, 121	
<i>Conclusión, Soli Deo Gloria</i>	123
<i>Apéndice, Las resoluciones de Jonathan Edwards</i>	125
<i>Notas de texto</i>	135
<i>Acerca del autor</i>	151

La búsqueda de la santidad

Vivir la vida cristiana, de acuerdo con toda la revelación bíblica, requiere la búsqueda apasionada de la santidad personal. La santificación nunca es un curso electivo que un creyente puede o no tomar. Tampoco es un estudio de posgrado de alto nivel, requerido solo para algunos discípulos. Por el contrario, es una clase básica, requerida para todos los cristianos. La piedad es un estudio de toda la vida, porque nadie se gradúa de la escuela de Cristo de este lado del cielo.

El progreso en la santidad personal es absolutamente crucial. La Biblia dice: “Busquen... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb 12:14). En otras palabras, el camino que lleva al cielo debe conducir primero a la santidad. Jesús dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios” (Mt 5:8). El crecimiento en la piedad marca a *todos* los que están en la senda angosta que lleva a la vida.

Sin duda, esta búsqueda requiere disciplina propia. El apóstol Pablo escribió: “golpeo mi cuerpo y lo hago mi esclavo, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado”

(1Co 9:27). En los juegos antiguos, un atleta que no cumplía con los requisitos básicos de entrenamiento no podía participar, y mucho menos ganar la corona. De la misma manera, el creyente que no logra someter su cuerpo a la disciplina, queda fuera de la carrera. Si uno no ejerce el dominio propio, pierde el premio.

El apóstol no está diciendo que tal creyente indisciplinado perderá su salvación, porque eso es imposible. La Escritura afirma claramente la seguridad eterna del creyente. Más bien, el discípulo indisciplinado pierde el gozo personal, el poder espiritual y, en última instancia, la recompensa eterna (1Co 3:15). Para ganar el premio, todos los creyentes debemos despojarnos “de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve, y [correr] con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Heb 12:1). Dicho de manera sencilla: “Sin esfuerzo, no hay ganancia”.

Pablo refuerza este desafío con las palabras: “disciplínate a ti mismo para la piedad” (1Ti 4:7). Con esta exhortación, Pablo pide el tipo de entrenamiento estricto al que se somete un atleta campeón para conseguir la corona. En la vida cristiana, la disciplina rigurosa, motivada y habilitada por la gracia, se requiere de todos en el camino hacia la victoria. Perezosos espirituales, ¡cuidado!

A la luz de estas enseñanzas bíblicas, es sorprendente la cantidad de creyentes profesantes que son perezosos con respecto a la disciplina personal necesaria para el crecimiento en la piedad. Vivimos días de relajación espiritual. Muchos de los que confiesan a Cristo se consienten a sí mismos hasta el extremo en lugar de esforzarse por alcanzar la santidad. Sus músculos espirituales no están entrenados y no son fuertes. Sus voluntades son frágiles y no tienen determinación.

Por eso es tan valioso estudiar la vida de Jonathan Edwards. Considerado como *la* figura más destacada de la historia de la iglesia colonial

estadounidense —quizás el mayor pastor, predicador, filósofo, teólogo y autor que ha producido Estados Unidos— Edwards vivió con un gran deseo de experimentar la piedad personal. En esta búsqueda, se convirtió en un modelo de disciplina digno de nuestra imitación.

Cuando tenía dieciocho y diecinueve años, en 1722 y 1723, Edwards escribió setenta declaraciones de propósito para su vida, conocidas como sus “Resoluciones”. Aunque solo tenía un año de cristiano, Edwards sabía que debía disciplinarse para crecer diariamente en santidad. Como resultado, con una determinación férrea, este joven ministro puritano escribió y trabajó arduamente para mantener estos setenta compromisos. Aquí está la clave de su crecimiento espiritual: Edwards se disciplinó con el propósito de la piedad. Comprendió que el crecimiento en santidad no es un acto de una sola vez, sino una búsqueda de toda la vida, que requiere una determinación diaria de vivir de acuerdo con las verdades enseñadas en las Escrituras. De acuerdo con sus “Resoluciones”, Edwards se consagró en todas las cosas para glorificar a Dios y ganar la corona incorruptible.

Este libro es el segundo de una serie titulada *Un gran legado de héroes de la fe*. En el primer volumen, *El genio expositivo de Juan Calvino*, examinamos el ministerio de la predicación del gran reformador ginebrino del siglo dieciséis, que tan magistralmente expuso las Escrituras. En este volumen, consideraremos la piedad personal de Edwards, que vivió en la América del siglo dieciocho. Este prominente teólogo de Nueva Inglaterra persiguió una auténtica espiritualidad que le distinguió como hombre de Dios. Los próximos volúmenes se centrarán en Martín Lutero, George Whitefield, Charles Spurgeon y otros, señalando su gran influencia en la historia de la iglesia. El estudio de la vida personal y de los ministerios públicos de estos líderes espirituales puede ser de gran provecho espiritual.

Al centrarnos en Edwards, descubriremos que valoraba la pureza personal porque atesoraba el esplendor de la santidad de Dios. “La belleza del cristianismo es la belleza de la santidad”, escribe David Vaughan. “Y la atracción duradera de la vida y la enseñanza de Edwards no es su sutileza metafísica, ni su agudo intelecto, sino la belleza de su santidad personal”. Por lo tanto, nuestro énfasis en este volumen será la búsqueda apasionada de la piedad personal de Edwards a través de sus “Resoluciones”. El espacio no nos permitirá considerar todas las resoluciones, pero estudiaremos muchas de ellas en varias categorías. Para una mayor reflexión, el texto completo de las “Resoluciones” puede encontrarse en un apéndice al final de este libro.

El propósito principal de este libro es desafiar a una nueva generación de creyentes a buscar la santidad en su vida diaria. Mi objetivo es fijar nuestra mirada en la manera en que debemos ser disciplinados en esta búsqueda. Para afinar nuestro enfoque, complementaremos nuestra consideración de las resoluciones individuales con pasajes del diario de Edwards y de su “Narrativa Personal”, con el fin de obtener una visión de cómo las puso en práctica. Al hacerlo, observaremos un modelo de vida cristiana disciplinada.

Si eres creyente, que la inquebrantable resolución de Jonathan Edwards te desafíe a vivir con un mayor grado de compromiso en tu vida espiritual. Si aún no eres creyente, que su vida te revele cómo es un verdadero cristiano y te haga confiar en Cristo y seguirle.

Quiero agradecer al equipo de publicaciones de Reformation Trust por su compromiso con esta serie en su versión original en inglés. Una vez más, quiero expresar mi gratitud a Greg Bailey, director de publicaciones, que ha hecho un excelente trabajo editando este manuscrito y animándome. Asimismo, Chris Larson, director de comunicaciones, ha sido fundamental en el hermoso diseño

gráfico de este libro. Sigo estando orgulloso de mi asociación con el Dr. R. C. Sproul y Ligonier Ministries.

En Christ Fellowship Baptist Church, donde tengo el honor de servir como pastor principal, quiero agradecer a los ancianos y a la congregación por apoyarme en la escritura de este libro. Estos capítulos fueron presentados a la iglesia como una serie de mensajes los miércoles por la noche; confío en que fueron para la edificación de la gente. Quiero expresar mi gratitud a mi asistente ejecutiva, Kay Allen, que transcribió este documento y coordinó el esfuerzo. También tengo una deuda especial con mi hijo mayor, Andrew, que ayudó en la investigación inicial y en la edición de este libro, y con Mark Hassler, que proporcionó investigación adicional y asistencia editorial.

Mi familia sigue siendo una torre de aliento para mí, tanto en mi vida personal como ministerial. Mi esposa, Anne, y nuestros cuatro hijos, Andrew, James, Grace Anne y John, son uno conmigo en este libro. Lo que escribo, ellos lo creen y lo viven.

¡Soli Deo gloria!

— **Steven J. Lawson,**
Mobile, Alabama
Julio 2008

La vida y el legado de Edwards

Tengo la tentación, quizá insensata, de comparar a los puritanos con los Alpes, a Lutero y Calvino con el Himalaya, y a Jonathan Edwards con el Monte Everest. Siempre me ha parecido el hombre más parecido al apóstol Pablo.

—D. MARTYN LLOYD-JONES

Han pasado casi tres siglos desde que Jonathan Edwards ejerció su ministerio en la Nueva Inglaterra colonial y, sin embargo, se le sigue considerando como el ministro más distinguido que jamás haya honrado a la iglesia estadounidense. Con una influencia perdurable, Edwards continúa imponiéndose en la vida intelectual y espiritual de la iglesia evangélica. Sus escritos teológicos fueron asombrosamente brillantes, su ministerio pastoral fue fructífero y su vida cristiana fue ejemplar.

Situado providencialmente en el siglo dieciocho, en los años anteriores a la aparición de los Estados Unidos, Edwards vivió en una encrucijada estratégica de la historia de la iglesia. Considerado “el último de los teólogos escolásticos medievales” y “el último

representante de la teología y el pensamiento puritanos en el Nuevo Mundo”, Edwards fue también “el primero de los modernos filósofos-teólogos americanos”. Asimismo, George Marsden, autor de una aclamada biografía de Edwards, lo llama “el más perspicaz de los primeros filósofos americanos”. El venerado teólogo de Princeton, Benjamin B. Warfield, está de acuerdo y afirma que Edwards “destaca como la única figura de verdadera grandeza en la vida intelectual de la América colonial”. Y B. K. Kuiper escribe que fue “la figura intelectual más destacada de la América colonial”.

Muchos consideran a Edwards como el predicador más eminente de lo que hoy es Estados Unidos. Pronunció el que muchos consideran el sermón más famoso de dicha nación: “Pecadores en manos de un Dios airado”. Otros estiman a Edwards como uno de los más grandes teólogos de Estados Unidos. Se le reconoce como “el teólogo del Primer Gran Despertar”, ya que se situó directamente a “la cabeza de los avivamientos” en las décadas de 1730 y 1740. También se ha dicho que Edwards fue el “mayor [teólogo] de Estados Unidos de cualquier tipo” y uno de “la media docena de mayores teólogos de todos los tiempos”.

Edwards también destacó como escritor. Marsden cree que tres de las muchas obras de Edwards —*Los afectos religiosos*, *La libertad de la voluntad* y *The Nature of True Virtue* [*La naturaleza de la verdadera virtud*]— son “obras maestras en la historia más amplia de la literatura cristiana”. El teólogo reformado R. C. Sproul, estimó que *La libertad de la voluntad* “es la obra teológica más importante jamás publicada en América”. Paul Ramsey, un erudito eduardiano, escribe que *La libertad de la voluntad* “es suficiente para establecer a su autor como el mayor filósofo-teólogo que ha adornado la escena estadounidense”.

La influencia duradera de Edwards puede medirse también de otras maneras. A principios del siglo XX, un estudio rastreó a los descendientes de Edwards. Los resultados fueron asombrosos. La descendencia de Edwards fue numerosa y distinguida: trescientos clérigos, misioneros y profesores de teología; ciento veinte profesores universitarios; ciento diez abogados; más de sesenta médicos; más de sesenta autores de buenos libros; treinta jueces; catorce presidentes de universidades; numerosos gigantes de la industria estadounidense; ochenta titulares de cargos públicos importantes; tres alcaldes de grandes ciudades; tres gobernadores de estados; tres senadores de Estados Unidos; un capellán del Senado de los Estados Unidos; un interventor del Tesoro de los Estados Unidos; y un vicepresidente de los Estados Unidos. Es difícil imaginar que alguien haya contribuido con más vitalidad al alma de esta nación que este teólogo de Nueva Inglaterra.

No hay duda de que Edwards fue un gigante de la fe cristiana, cuya influencia se siente todavía hoy. Como escribe S. M. Houghton, Edwards se convirtió en “una estrella de primera magnitud en los anales de la iglesia de Dios”. Meic Pearse cree que fue “la figura individual más influyente en el cristianismo estadounidense hasta el siglo veinte, y podría decirse que hasta el presente”. Harry S. Stout se maravilla de la “capacidad duradera de Edwards para hablar a través de los tiempos”.

¿POR QUÉ JONATHAN EDWARDS?

A partir de estos hechos y elogios, es obvio que la vida de Edwards es digna de nuestro estudio e imitación. Pero hay que responder a ciertas preguntas: ¿Qué hizo a Edwards tan grande? ¿Qué hizo que este hombre fuera utilizado tan eficazmente por Dios? En resumen,

¿por qué Edwards? En última instancia, Dios, por Su gracia soberana, eligió a Edwards para que fuera un líder distinguido e influyente. Pero en un nivel más personal y práctico, Edwards combinó de manera única la piedad espiritual con el genio intelectual. Tanto su mente como su corazón estaban comprometidos con la búsqueda de Dios, su piedad era igual a su intelecto. D. Martyn Lloyd-Jones creía que esta era la clave de los logros de Edwards: “Lo espiritual siempre controló lo intelectual en él”. En otras palabras, “todas sus ricas y brillantes dotes no solo debían estar subordinadas, sino que eran utilizadas como sirvientes”. Para decirlo de otra manera, Lloyd-Jones escribe que Edwards estaba “dominado por Dios”.

En resumen, aunque Edwards era intelectualmente brillante y teológicamente imponente, su verdadera grandeza residía en su infatigable celo por la gloria de Dios. Se distinguió como un hombre según el corazón de Dios por su “profunda... y excepcional espiritualidad”. El alma de este puritano americano estaba dedicada a perseguir el honor incomparable de Dios. En una palabra, Edwards estaba *resuelto*. Estaba decidido a vivir con una fidelidad intransigente por la grandeza de Dios. Su mirada era singular; su alma era firme; su voluntad era fuerte. Esta determinación fija de buscar la majestad de Dios será el centro de este libro.

Comencemos nuestro estudio de Jonathan Edwards con un repaso de su notable vida.

LA FORMACIÓN DE UN PURITANO (1703–1726)

Nacido el 5 de octubre de 1703, hijo del reverendo Timothy y Esther Stoddard Edwards en East Windsor, Connecticut, Jonathan Edwards era el único hijo varón, rodeado de diez hermanas. La suya era una de las familias más respetadas de la América colonial. El

padre de Edwards era un pastor formado en Harvard que predicó fielmente en la misma iglesia de East Windsor durante más de sesenta años (1694–1758). Su madre procedía de una de las familias más prominentes de Connecticut, quizá de toda Nueva Inglaterra. Era hija de Solomon Stoddard, que pastoreó una iglesia durante casi sesenta años (1672–1729), la congregación de Northampton, Massachusetts, uno de los rebaños más prestigiosos de las primeras colonias. Tal era la estatura de Stoddard que se le conocía como “el papa de Northampton” y el “papa del valle del río Connecticut”.

Una notable inteligencia marcó a Jonathan en su juventud. Su padre, un “excelente maestro [y]... estricto con la disciplina”, le enseñó, junto con muchos de los niños del pueblo, dándole una educación gramatical y secundaria superior. Timothy preparó al joven Jonathan para el ministerio enseñándole las Escrituras, el Catecismo Menor de Westminster y la teología reformada. De su padre también recibió un contacto directo con la vida cristiana y las responsabilidades y recompensas del ministerio pastoral. Su madre, Esther, era conocida por su “inteligencia innata... [y también era] demandante”. Las diez hermanas de Jonathan fueron enviadas a Boston para terminar la escuela y, al regresar a casa, ayudaron a su hermano en sus estudios. Como resultado de estas influencias, el joven Edwards estaba bien enfocado en Dios y en la riqueza de la teología puritana. Sin embargo, Jonathan no se convirtió a Cristo durante estos años de formación.

Cuando Jonathan tenía trece años, Timothy lo inscribió en la recién fundada Collegiate School of Connecticut, que más tarde se conocería como Yale College. Timothy había sido educado en Harvard, que se había establecido como una escuela calvinista, pero se había debilitado bajo influencias arminianas. Esta erosión doctrinal impulsó a Timothy a matricular a Jonathan en Yale, que era

abiertamente fiel a la teología reformada. En el programa de licenciatura, Edwards recibió una amplia educación en artes liberales, estudiando gramática, retórica, lógica, historia antigua, aritmética, geometría, astronomía, metafísica, ética, ciencias naturales, griego, hebreo, teología cristiana, filosofía natural y literatura clásica. También recibió una saludable exposición a las más grandes mentes puritanas y reformadas, leyendo a Juan Calvino, John Owen, William Ames y otros teólogos. Se graduó a la cabeza de su clase con una licenciatura en artes en 1720 y pronunció el mensaje de despedida.

Edwards comenzó inmediatamente el programa de maestría en Yale, que requería dos años de estudio independiente. Durante su segundo año, Edwards, de diecisiete años, se convirtió repentinamente a Jesucristo. Escribió que, mientras meditaba en 1 Timoteo 1:17, “Llegó a mi alma, y fue como si se difundiera por ella, un sentido de la gloria del Ser Divino; un sentido nuevo, muy diferente a todo lo que había experimentado antes”. Su corazón se alegró inmediatamente con pensamientos extasiados de Dios. Edwards escribiría más tarde:

Comencé a tener una nueva clase de apreciaciones e ideas sobre Cristo, y la obra de la redención, y los gloriosos caminos de la salvación por Él. Un dulce sentido interno de estas cosas, a veces, llegaba a mi corazón; y mi alma era conducida por agradables pensamientos y contemplaciones de ellas. Y mi mente estaba muy ocupada en pasar mi tiempo leyendo y meditando en Cristo, en la belleza y excelencia de Su persona, y en el hermoso camino de salvación por la gracia gratuita en Él.

Al terminar su trabajo de clase para el programa de maestría, pero antes de escribir su tesis, Edwards viajó a la ciudad de Nueva

York para servir como pastor interino de una pequeña iglesia presbiteriana escocesa cerca de Broadway y Wall Street. Durante este tiempo de formación, “sintió un ardiente deseo de ser en todo un cristiano completo”. Esta fue una época de gran esfuerzo para su alma, en la que Edwards reflexionó cuidadosamente sobre las prioridades que deseaba que fueran los principios rectores de su vida. Fue entonces cuando Edwards, con dieciocho años, comenzó a escribir sus “Resoluciones”. Finalmente compuso setenta declaraciones de propósitos, cada una de ellas diseñada para dirigir su recién iniciado viaje cristiano. Eran “las directrices, el sistema de controles y equilibrios que utilizaría para trazar su vida: sus relaciones, sus conversaciones, sus deseos, sus actividades”. En esta época, Edwards también comenzó a llevar un diario para controlar su pulso espiritual (1722–1725, 1734–1735). Además, Jonathan comenzó a escribir sus “Misceláneas”, una colección de máximas, observaciones y reflexiones, que iban desde pensamientos filosóficos hasta reflexiones exegéticas sobre un texto bíblico. Dondequiera que estuviera, Jonathan anotaba sus penetrantes pensamientos a medida que fluían de su mente, a menudo prendiendo sus notas en su abrigo.

Cuando su pastorado interino concluyó en abril de 1723, Edwards regresó a su casa en Connecticut para escribir su tesis de maestría y predicar cuando se presentara la necesidad. Se graduó de Yale en octubre de 1723 con una maestría en artes tras presentar y defender oralmente su tesis sobre la doctrina de la imputación. El título de su tesis fue “Un pecador no es justificado a los ojos de Dios sino por la justicia de Cristo obtenida por la fe”. A continuación, Edwards ejerció un breve pastorado interino en la iglesia congregacional de Bolton, Connecticut, desde noviembre de 1723 hasta mayo de 1724, antes de regresar a Yale para asumir un puesto de instructor (1724–1726). Fue entonces cuando comenzó a cortejar a la joven

Sarah Pierpont, hija de James Pierpont Sr., pastor en New Haven. Ambos se casarían en julio de 1728 tras cuatro años de noviazgo.

Durante este tiempo, Edwards luchó intensamente respecto a su vocación. ¿Debía dedicarse al mundo académico o al pastorado? Después de mucha reflexión, Edwards se entregó al alto llamado que había visto perseguir a su padre y a su abuelo.

AÑOS TEMPRANOS EN NORTHAMPTON (1727–1739)

Joven y enérgico, Edwards aceptó un llamado para servir como ministro asistente en Northampton, Massachusetts, junto a su abuelo materno de 83 años, el renombrado Solomon Stoddard. El anciano Stoddard era “el clérigo más influyente de la región”, pero muchos consideraban que necesitaba ayuda. Jonathan fue ordenado como su asociado el 15 de febrero de 1727, con el entendimiento de que Stoddard entrenaría al joven Edwards para que lo sucediera. Cuando Stoddard murió dos años más tarde, Edwards se vio repentinamente empujado a uno de los púlpitos más visibles de Nueva Inglaterra a la edad de veintiséis años. Durante los siguientes veintidós años sería el pastor de esta iglesia, en tiempos tanto trascendentales como miserables.

En el púlpito, domingo tras domingo, Edwards pronto se distinguió como predicador. Sus sermones se caracterizaban por “una habilidad expositiva fascinante... una amplia gama de temas, una riqueza de pensamiento evangélico, una conciencia omnipresente de los asuntos eternos y una fluidez lógica convincente que los hacía cautivadores, penetrantes, devastadores y centrados en Cristo en grado sumo”. Su estilo de predicación era “imponente y, según todos los indicios, casi hipnótico en su poder para fijar la mente de sus oyentes en las cosas divinas”. Durante este tiempo, Edwards también

surgió como “un decidido oponente del arminianismo”. Roger Olson señala que “ningún teólogo en la historia del cristianismo tuvo una visión más alta o más fuerte de la majestad, la soberanía, la gloria y el poder de Dios que Jonathan Edwards”. Él “defendió ardientemente las doctrinas calvinistas puritanas... [declarando que] Dios es la realidad que todo lo determina en el sentido más incondicional posible y siempre actúa para su propia gloria y honor”.

Un ejemplo destacado de la firme defensa de la doctrina calvinista por parte de Edwards fue su discurso a los ministros puritanos de Boston en julio de 1731. El joven predicador eligió como texto 1 Corintios 1:29-31, el cual es una afirmación inequívoca de la soberanía absoluta de Dios en la salvación. El mensaje, titulado “Dios glorificado en la dependencia del hombre”, fue diseñado para contrarrestar la creciente influencia del arminianismo centrado en el hombre en su época. Los egresados de Harvard que se reunieron quedaron impresionados con la fuerza de su argumento, y el sermón pronto se convirtió en la primera obra de Edwards que se publicó. Aunque Edwards había luchado antes contra la doctrina bíblica de la soberanía divina —una verdad que una vez calificó como “doctrina horrible”—, a través del estudio personal, se convenció de que Dios ordena irresistiblemente la salvación de Su pueblo elegido, y pronto se convirtió en un guardián de esta verdad sagrada.

En diciembre de 1734, un movimiento soberano del Espíritu de Dios llegó a Nueva Inglaterra. Comenzó cuando Edwards predicó una serie de sermones sobre la justificación por la fe, que estaba “dirigida contra la tendencia hacia el arminianismo... que se desarrollaba entonces en Nueva Inglaterra”. Durante los meses de invierno, casi toda la gente de Northampton fue embargada por una profunda preocupación por sus almas, y más de trescientos profesaron fe en Cristo. Edwards escribió: “La ciudad parecía estar llena de la presencia de

Dios; nunca estuvo tan llena de amor, ni tan llena de gozo... Había notables señales de la presencia de Dios en casi todos los hogares... todos [estaban] seriamente atentos a la adoración pública”.

Después de este intenso despertar (1734–1736), Edwards registró sus extraordinarios efectos en una carta de ocho páginas dirigida a Benjamin Colman, un ministro de Boston. Posteriormente, Edwards amplió el contenido y Colman lo publicó como *A Faithful Narrative of the Surprising Work of God in the Conversion of Many Hundred Souls in Northampton* [Una fiel narración de la sorprendente obra de Dios en la conversión de muchos cientos de almas en Northampton] (1736). Este relato no tardó en llegar a Londres, donde Isaac Watts, el talentoso escritor de himnos, y John Guyse, un ministro londinense, lo publicaron en Inglaterra. Inmediatamente, la influencia de Edwards se expandió en el extranjero.

Resumiendo los efectos del despertar, Edwards escribió:

Nuestras asambleas públicas eran entonces hermosas, la congregación estaba viva en el servicio a Dios, todo el mundo estaba muy atento al culto público, todos los oyentes estaban ansiosos por beber las palabras del ministro cuando salían de su boca; la asamblea en general estaba, de vez en cuando, en lágrimas mientras se predicaba la Palabra; algunos lloraban de tristeza y angustia, otros de gozo y amor, otros de piedad y preocupación por las almas de sus vecinos.

EL DESPERTAR SE REAVIVA (1740–1749)

Una medida más completa del poder de Dios llegó a las colonias entre 1740 y 1742. Este movimiento, conocido como el Gran

Despertar, estuvo vinculado a los viajes de predicación itinerante del evangelista inglés George Whitefield, que recorrió las colonias llamando a las personas al arrepentimiento y la fe. Edwards invitó a Whitefield a Northampton a predicar, y se sentó en el primer banco y lloró bajo el poder del ministerio de predicación del gran evangelista. En toda Nueva Inglaterra, se calcula que “de una población de 300,000 habitantes, se añadieron a las iglesias entre 25,000 y 50,000 nuevos miembros” durante el despertar.

En Edwards, el despertar tuvo “un vigoroso defensor”. De hecho, el despertar alcanzó su punto álgido el 8 de julio de 1741, cuando Edwards predicó su sermón más famoso. Titled “Pecadores en manos de un Dios airado”, el sermón se basó en Deuteronomio 32:35^b: “A su tiempo el pie de ellos resbalará”. Edwards había predicado el sermón un mes antes en su propia iglesia con poco efecto visible. Pero cuando lo predicó en Enfield, se produjo un poderoso avivamiento. Los pecadores fueron persuadidos y las almas fueron sacudidas. Edwards se vio obligado a pedir silencio mientras la gente se aferraba a los bancos por miedo a caer en el infierno. Marsden comenta: “Lo que es extraordinario en este sermón es... la imagen sostenida que Edwards emplea para penetrar en los corazones de los oyentes... Lo centra todo en el tema esencial de lo que significa para los pecadores culpables estar en las manos de Dios... se quedaron sin escapatoria”.

Pero con el Gran Despertar llegaron muchos excesos emocionales. Surgió una controversia dentro de las iglesias con respecto a la verdadera naturaleza de este movimiento. Muchos ministros que se opusieron al avivamiento fueron conocidos como Viejas Luces; mientras que los pastores que lo apoyaban fueron llamados Nuevas Luces. El Colegio de Yale se dividió en dos. El 10 de septiembre de 1741 se celebró una turbulenta reunión de los administradores.

Edwards, providencialmente, pronunciaría el discurso de graduación al día siguiente, y dio todo su apoyo al avivamiento. En una exposición de 1 Juan 4:1-6, Edwards identificó cinco marcas por las que se debe reconocer una auténtica obra del Espíritu. Tal obra verdadera, dijo: “(1) eleva la estima [que las personas tienen] de Jesús como Hijo de Dios y Salvador del mundo, (2) los lleva a volverse de sus corrupciones y lujurias a la justicia de Dios, (3) aumenta su consideración por las Sagradas Escrituras, (4) establece sus mentes en las verdades objetivas de la religión revelada, y (5) evoca el amor genuino por Dios y el hombre”. Cada uno de estos, creía, estaba presente en el despertar. El mensaje se publicó un mes más tarde con el título *The Distinguishing Marks of a Work of the Spirit of God* [*Las marcas distintivas de una obra del Espíritu de Dios*] (1741) y tuvo una amplia difusión.

Edwards volvió a escribir sobre el tema del despertar en una importante obra titulada *Treatise Concerning Religious Affections* [*Un tratado respecto a los afectos religiosos*] (1746). En esta obra, que se convirtió en “el análisis más importante y preciso de la experiencia religiosa jamás escrito... [Edwards] se esforzó por identificar lo que constituye la verdadera y auténtica espiritualidad”. Luchó por diferenciar la verdadera y la falsa experiencia cristiana, comparando lo que no necesariamente indica una fe salvadora con las verdaderas marcas de la conversión. Este libro es considerado por muchos historiadores como “el principal clásico de la historia americana sobre la vida espiritual”.

En estos años, Edwards influyó en un ejército de jóvenes para el ministerio. Predicó los sermones de ordenación de numerosos jóvenes ministros. Otros vivieron con él, como Joseph Bellamy, Samuel Buell y Samuel Hopkins, que “llegaron a ser figuras influyentes en Nueva Inglaterra”. Un joven que se alojó en la casa de Edwards fue un

audaz misionero a los indios Delaware en Nueva Jersey y Pensilvania, David Brainerd. De hecho, Brainerd murió de tuberculosis en la casa de Edwards el 9 de octubre de 1747. La hija de Edwards, Jerusha, era la enfermera de Brainerd en la casa y, trágicamente, contrajo la tuberculosis y murió meses después. Posteriormente, Jonathan editó y publicó el diario de Brainerd, un registro de su “abnegada devoción por las misiones a los indios”. Además, escribió una biografía de este joven, titulada *An Account of the Life of the Rev. David Brainerd* [*Relato de la vida del Rev. David Brainerd*] (1749), que “ayudó a inspirar el movimiento misionero del siglo siguiente”.

LA DOLOROSA SEPARACIÓN (1750)

A pesar de los éxitos del ministerio de Edwards en Northampton durante más de dos décadas, su distinguido pastorado tuvo un final abrupto y amargo en “uno de los grandes misterios de la historia de la iglesia”. Stoddard, su predecesor y abuelo, había permitido que la gente tomara la Cena del Señor basándose en una simple profesión de Cristo. Edwards se convenció de que “debían profesar el cristianismo [y dar frutos de conversión en sus vidas] antes de poder participar”. Cuando Edwards trató de imponer esta norma más estricta, se desató una tormenta contra él en la iglesia.

En una carta a su amigo escocés John Erskine en 1749, el año anterior a su despido, Edwards revela esta creciente tensión:

Ha surgido una gran dificultad entre mi pueblo y yo, relacionada con los requisitos para participar en la mesa del Señor. Mi honorable abuelo Stoddard, mi predecesor en el ministerio de esta iglesia, sostenía enérgicamente que la Cena del Señor era una ordenanza de conversión, e instaba a todos los que no

eran de vida escandalosa a venir, aunque se supieran inconversos. Anteriormente me ajustaba a esta práctica, pero he tenido dificultades con respecto a ella, que han ido en aumento durante mucho tiempo, hasta que ya no me atreví a hacerlo de la manera anterior, lo que ha ocasionado un gran malestar entre mi gente, y ha llenado toda la región de ruido, lo que me ha obligado a escribir algo sobre el tema, que ahora está en la imprenta. No sé si este asunto acabará en una separación entre mi pueblo y yo. Deseo tus oraciones para que Dios me guíe en cada paso de este asunto.

La exigencia de pruebas de fe personal en Cristo resultó ser demasiado para los miembros más antiguos de la congregación de Edwards. Varias familias prominentes reunieron a la mayoría y lograron que Edwards fuera destituido el 22 de junio de 1750, una de las grandes tragedias de la historia de la iglesia. Solo el diez por ciento votó por mantener a Edwards como pastor.

El domingo siguiente, Edwards predicó su sermón de despedida basado en 2 Corintios 1:14, hablando de aquel día en que se reunirían ante Dios como pastor y congregación, y le darían cuenta. Luego, en una notable muestra de humildad, Edwards permaneció en Northampton durante un año, ocupando ocasionalmente el púlpito hasta que se pudiera encontrar a su sucesor. Le llegaron numerosas ofertas de ministerio, incluyendo invitaciones para pastorear en lugares prestigiosos como Boston y Escocia. Un grupo de fieles seguidores en Northampton incluso deseaba fundar una nueva iglesia allí. Pero Edwards rechazó cada una de estas ofertas. Una vez encontrado su sustituto, aceptó un llamado para ser el pastor y misionero de los nativos americanos en el asentamiento fronterizo de Stockbridge, Massachusetts.

MISIONERO PIONERO (1751–1757)

En el invierno de 1751, Edwards se trasladó para comenzar su nueva obra con los indios mohicanos y mohawk en el aislamiento de Stockbridge, a unas cuarenta millas de distancia. Allí Edwards pastoreó y predicó fielmente el evangelio a unos 250 indios y a una docena de familias inglesas. En una ironía de la historia, este altísimo genio intelectual comunicó el evangelio en un entorno humilde con el equivalente a un nivel de quinto grado.

Fuera de la atención pública, Edwards experimentó altibajos. En el aspecto positivo, Dios le concedió a Edwards muchos convertidos y vidas transformadas, pero en el negativo, hubo de nuevo conflicto y controversia. La familia Williams, que le había causado muchos problemas en Northampton, continuó la lucha en Stockbridge. Ephraim Williams, una espina en la carne de Edwards, trató de manchar el nombre de Edwards, acusándolo de malversación en la escuela establecida para enseñar a los indios. Aunque Edwards fue absuelto de toda culpa, los mohawks abandonaron la escuela, cansados de los ataques contra su líder. Como resultado, la escuela se vio obligada a cerrar y la misión terminó más tarde.

Pero en estos años, Edwards tuvo tiempo para poner sus pensamientos por escrito. Dedicando trece horas diarias al estudio, escribió sus tres obras más importantes: *Freedom of the Will* [*La libertad de la voluntad*] (1754), *The End for Which God Created the World* [*El fin por el que Dios creó el mundo*] (1755; publicada con *True Virtue* [*La verdadera virtud*] bajo el título *The Two Treatises* [*Los dos tratados*]) y *Original Sin* [*Pecado original*] (1758). *Freedom of the Will*, su mayor logro literario, fue un análisis monumental de la incapacidad de la voluntad caída para creer en Cristo. En él, “Edwards argumenta que solo la persona regenerada puede elegir verdaderamente al Dios trascendente; esa elección solo puede hacerse a través de una disposición

que Dios infunde en la regeneración”. El que quiere creer en Cristo, enseñó Edwards, es aquel en el que el Espíritu Santo ya ha realizado Su obra soberana y monergista en el nuevo nacimiento.

LA PRESIDENCIA DE PRINCETON (1758)

Aaron Burr Sr. —yerno de Edwards, esposo de su hija Esther— era presidente de Princeton College, entonces conocido como College of New Jersey. Cuando Burr murió en el cargo el 24 de septiembre de 1757, los administradores se dirigieron a Edwards. Al principio, Edwards rechazó la oferta, insistiendo que no era digno de un cargo tan alto. Pero los administradores insistieron y, a pesar de algunas reservas, Edwards aceptó la presidencia. Llegó a Princeton en enero de 1758, y Sarah se quedó hasta que pasó el duro invierno. El 16 de febrero de 1758, Edwards fue investido tercer presidente de Princeton, la escuela que surgiría como la mayor influencia para la teología ortodoxa en América en el siglo diecinueve.

Edwards se preparó entonces para escribir lo que creía sería su obra más importante, un trabajo teológico que trazaba la historia de la redención a través de las Escrituras. Pero Dios tenía otros planes. En su primer mes como presidente, hubo un brote de viruela, y Edwards decidió vacunarse para mostrar a los demás que no debían temer este avance médico. En una extraña providencia, Edwards contrajo una infección secundaria y murió el 22 de marzo, habiendo cumplido tan solo cinco semanas de su presidencia. Solo con sus hijas Esther y Lucy a su lado, susurró sus últimas palabras:

Me parece que es la voluntad de Dios que pronto tenga que partir; por lo tanto, denle mi más sincero amor a mi querida esposa, y díganle que la unión tan poco común que ha subsistido

entre nosotros durante tanto tiempo, ha sido de tal naturaleza, que confío en que sea espiritual, y por lo tanto, continuará para siempre; y espero que ella sea apoyada bajo tan gran prueba, y se someta alegremente a la voluntad de Dios.

Al recibir la trágica noticia de la muerte de Jonathan, Sarah escribió a Esther, quien había perdido tanto a su esposo como a su padre, para consolarla:

Mi querida hija, ¿qué puedo decir? Un Dios santo y bueno nos ha cubierto con una nube oscura. ¡Oh, que podamos besar la vara y poner las manos en la boca! El Señor lo ha hecho. Me ha hecho adorar Su bondad, por haberle tenido tanto tiempo. Pero mi Dios vive, y tiene mi corazón. ¡Oh, qué legado nos ha dejado mi esposo y tu padre! Todos estamos entregados a Dios; y ahí estoy yo, donde me gusta estar.

La propia Esther murió unos días después, el 7 de abril, por una reacción similar a la vacuna de la viruela. Sarah no llegó a Princeton hasta ese verano. Cuando lo hizo, estuvo junto a las tumbas recientes de su yerno, esposo e hija. Luego ella misma contrajo disentería y murió el 2 de octubre de 1758. Sarah fue enterrada junto a su esposo en el cementerio de Princeton.

EDWARDS ESTABA RESUELTO

El legado de Jonathan Edwards perdura con fuerza hasta nuestros días. El historiador Mark Noll concluye que Edwards produjo “uno de los conjuntos de escritos teológicos más completos y convincentes de la historia de América”. A través de este conjunto de obras,

este pastor puritano colonial habla aún más fuerte a esta generación que a su propia época. Su vida desprende una excelencia moral que resulta inmediatamente evidente para todos los que estudian su notable historia. Hasta el día de hoy, Edwards sigue siendo “uno de los grandes padres del cristianismo evangélico en América”.

Regresemos, pues, a nuestra pregunta principal: ¿Por qué Edwards? ¿Qué lo puso en el camino a tal grandeza? La respuesta se encuentra en este hecho: Edwards poseía una rara combinación de teología reformada, extraordinaria capacidad y ferviente piedad. Sin embargo, fue esta última virtud —su verdadera espiritualidad, marcada por una firme resolución— la que le permitió ser utilizado tan poderosamente por Dios. Pocos han igualado su incesante búsqueda de la santidad personal. La piedad de Edwards le capacitó para ser el poderoso instrumento que en la mano de Dios fue.

Fue al final de su adolescencia, mientras servía como pastor interino en la ciudad de Nueva York, cuando Edwards escribió sus “Resoluciones”, que marcarían el rumbo del resto de su vida. De manera sorprendente, Edwards se esforzó por seguir estas setenta declaraciones de propósito hasta su último aliento. En este sentido, no es un secreto por qué Dios lo usó de la manera en que lo hizo. Edwards estaba singularmente enfocado en vivir la vida cristiana para la gloria de Dios. Estaba totalmente comprometido a honrar al Señor en *cada* área de su vida, y a hacerlo con una resolución inquebrantable.

¿Qué resoluciones estableció Edwards? ¿Cuáles eran las prioridades de su vida? ¿En qué dirección le llevaron? Te invito a pasar la página y descubrir el camino que siguió Edwards en su búsqueda de la piedad.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!